

REFLEXIONES SOBRE LA FIGURA DEL MAESTRO, A PROPÓSITO DE LA MUERTE DEL PROFESOR MARTÍ VERGÉS TRÍAS

Luis A. García-Ramos P.

Barcelona, 8 de Julio de 2015

Este documento es un desahogo de urgencia de un alma entristecida por la pérdida de alguien que ha sido mucho más que un referente de buen hacer, de pensamiento analítico, de saberes que rompen fronteras sino, fundamentalmente, de creación de cauces en la percepción personal de las cosas que nos rodean. El ponente ha perdido a un auténtico y valioso Maestro que le abrió los caminos de un mundo técnico innovador y atrevido pleno de aventura y divertimento en un tiempo en que todavía no había una definición personal plena de camino vital. Al lector, lógicamente, la anécdota concreta acerca de esta relación personal le puede traer al paio pero sí creo que puede extraer, como categoría para sí, la parte reflexiva acerca de un patrimonio que se nos da en contadas ocasiones como un bien muy escaso y que cuando se cruza en nuestra vida nos puede dirigir hacia caminos firmes y cruciales en nuestro devenir. Quisiera redescubrir aquí la noble figura del Maestro en su más alta expresión, encarnado en mi caso en el Profesor Martí Vergés Trías.

El último acto de bondad que un ser humano puede hacer por otro al que profesa afecto, admiración o respeto es acompañarlo y despedirlo en su envoltorio mortal. Esta mañana me ha tocado realizar este penoso gesto acompañando en las exequias a los restos mortales del Prof. Martí Vergés Trías. Pero esta liturgia la hemos tenido que hacer en numerosas ocasiones, y, a medida que el guarismo de nuestra edad va aumentando, el ser testigo de ello se hace más frecuente. Finalmente, la última vez en que asistiremos a tales eventos lo haremos como protagonistas.

Mientras el oficiante iba dirigiendo el acto, roto por algunas ejecuciones musicales de cámara pertinentes a las circunstancias, creo que mis pensamientos estaban en otro sitio, mucho más atrás en el tiempo, como en una analepsis o *flashback* que comienza más de 50 años atrás, en 1963. Me veo en el mes de Junio, ya caluroso, circulando por entre las multitudes en la llamada "Plaza del hambre" en la Feria de Muestras y con unas pesetillas en el bolsillo para tomar algún bocadillo vistoso. Por los diversos *stands* se hacía gala de presentar los adelantos tecnológicos (antes se les llamaba, más bien, técnicos) capaces de asombrar a unas gentes que estábamos poco expuestas a ver grandes novedades ya que los tiempos todavía eran difíciles para las clases medias. El Seat 600, el Biscuter, la Vespa, el Televisor en blanco y negro, los equipos de música, la radio con ojo mágico, la fregona, el Chupa Chups eran, entre otros, a lo máximo que llegábamos.

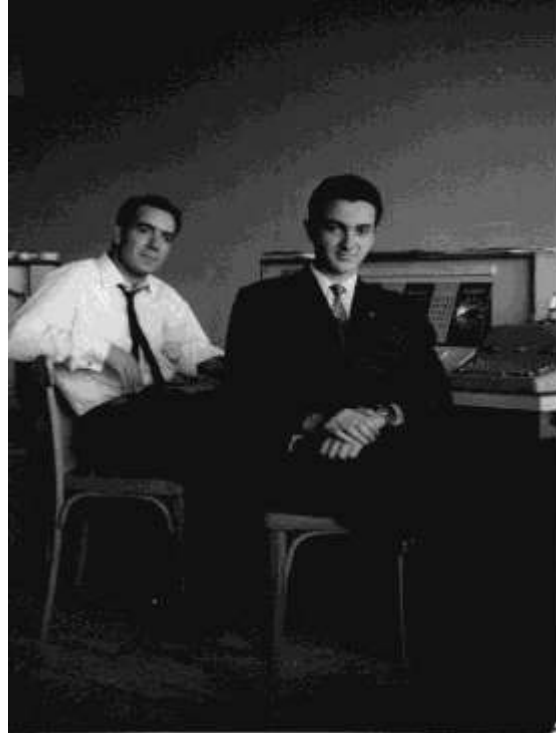
Por entre los stands, había uno que tenía mucha concurrencia porque allí se presentaba un artefacto desconocido. Se trataba de una consola grande y una máquina de escribir eléctrica que parecía que escribía sola con una cadencia muy firme y seca. El stand era de una casa desconocida para el gran público: International Business Machines o más familiarmente, IBM. El aparato era un "computador" (se les llamó también "cerebros electrónicos") modelo 1620 y tal como funcionaba, jugaba al juego llamado "tres en raya" y, además nunca perdía. Por entonces, para mí eso era como brujería, a pesar que estaba estudiando Ingeniería Química y los experimentos que producían humos, colores, deflagraciones y demás nos eran familiares. Esos aparatos eran inexistentes hasta entonces. Parecía como una magia similar a la del famoso autómatas jugador de ajedrez del Barón von Kempelen que lo presentó en las cortes europeas a finales del Siglo XVIII. La cosa me dejó tan desazonado que empecé a preguntar a donde iba a ir esa máquina. Alguien me dijo que iría para el Laboratorio de Cálculo de la ETSIIB (Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales de Barcelona) dirigido por un profesor llamado Martín Vergés. Me

quedo la determinación de ir a visitar al tal profesor Vergés pues la curiosidad podía conmigo. Como ya había terminado el curso, la cosa quedó para Octubre.

No recuerdo bien pero creo que se lo conté a un compañero de curso, Joan Straub, que casualmente había ido en un curso anterior a solicitar al Laboratorio de Cálculo unos cálculos acerca de las tablas polinomiales de Lagrange o algo semejante. Lo cierto es que cuando tuvimos ocasión, para allá nos fuimos. La Escuela de Ingenieros estaba, y está, en la zona universitaria de Pedralbes. Asomamos la nariz por el Laboratorio de Cálculo y nos atendió en directo el Profesor Vergés con gran gentileza y sencillez. Allí estaba la maravillosa máquina junto a otros aparatos de cálculo electrónico como un gran computador analógico y otro híbrido. Aunque veníamos de una universidad privada, por entonces, el IQS, el profesor Vergés nos trató con todo el afecto que se podía demostrar entre profesor y alumno. Nos animó a aprender los sistemas de programación y a usar la máquina libremente siempre que nos pareciera. A raíz de ello empezó a desarrollarse una corriente de buena relación y simpatía que dependía primordialmente de la calidez, de la cercanía, de la sencillez, del conocimiento amplio con que el Profesor Vergés nos trató permanentemente casi siempre con una sonrisa y en clave de humor. La programación de estas máquinas en aquellos tiempos era muy ardua y primitiva (código de máquina, Ensamblador y Fortran) por lo que el avance en el conocimiento resultaba lento. Era muy habitual tener que reservar el IBM 1620 desde las 4 de la tarde hasta las 10-11 de la noche para poder avanzar de modo exiguo en los programas. Pero a lo que voy, durante todos esos tiempos el Profesor Vergés estuvo siempre al lado nuestro, aclarando dudas, interviniendo en puntos críticos y, sobre todo, manteniendo una relación humana más allá de la puramente didáctica o pedagógica. Fue una interacción muy abierta y libre que se mantuvo a lo largo de varios años, incluso, hasta después de haber terminado la Carrera. Poco a poco me fui dando cuenta que mi interés por la Ciencia Química iba dando paso a la afección (y adicción) por el mundo de los ordenadores, en su aplicación a las demás ciencias, Química incluida. También se iba produciendo una cierta metamorfosis en mi percepción hacia el profesor Vergés. He tenido la suerte de tener profesores, en su mayoría, excepcionales de los que te acuerdas con gratitud y cariño en momentos puntuales durante toda la vida. Asimismo, todos hemos tenido alguna vez profesores un tanto flojillos o manifiestamente mejorables que han acabado siendo objeto de chascarrillos y chistes, a veces un poco inclementes.



Ordenador IBM 1620 del Laboratorio de Cálculo de la ETSIIB (Noviembre 1965)



Joan Straub y Luis A. García-Ramos delante del IBM 1620 de la ETSIIB (1963)

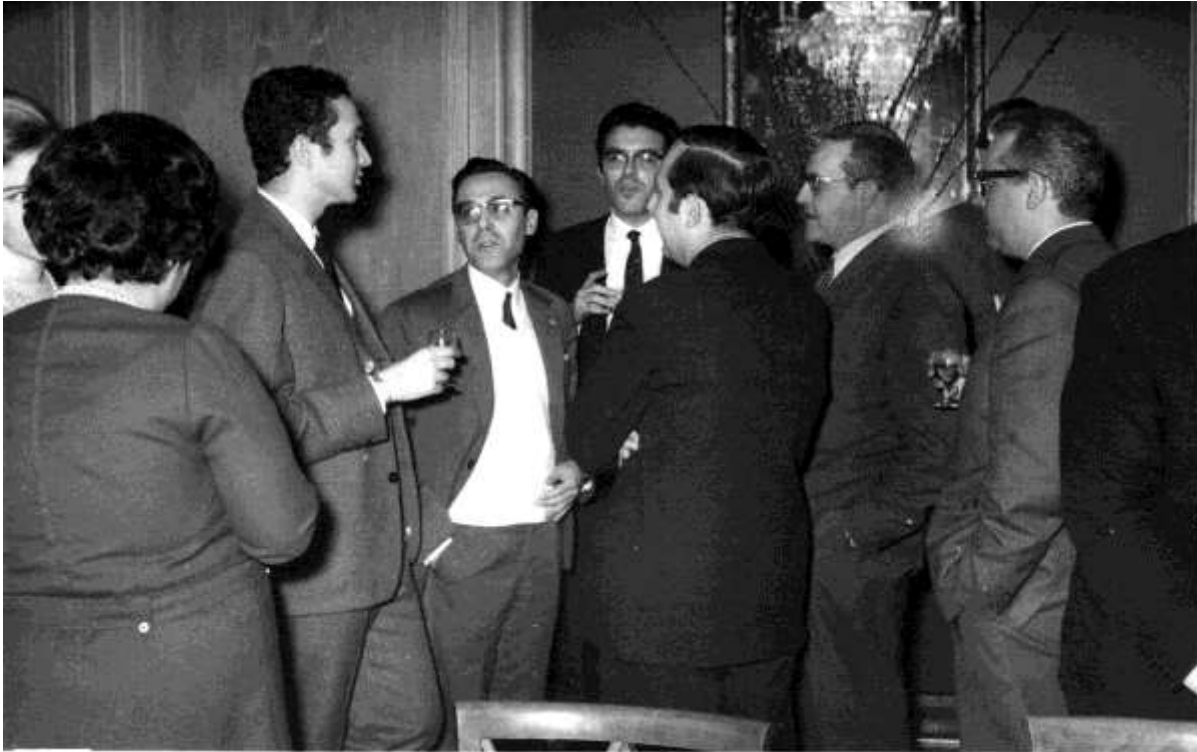


Computador Analógico EAI PACE del Laboratorio de Cálculo de la ETSIIB (Noviembre 1965)

En aquellos tiempos de finales de los años 60 hay una anécdota que viví durante un tiempo con Martí Vergés y que poca gente conoce. En 1967 llegó al IQS una dotación de ayuda norteamericana para la adquisición de equipamiento científico de vanguardia. Entre lo sabiamente adquirido estaba un ordenador científico de la siguiente generación al IBM 1620 del Laboratorio del Profesor Vergés; se trataba del IBM 1130, mucho más moderno y potente. Me tocó por entonces dirigir el incipiente Centro de Cálculo y, por supuesto, de las primeras cosas que hicimos fue ofrecérselo al Profesor Vergés para sus trabajos. Pues bien, al cabo de un tiempo me contó que le habían propuesto un proyecto para componer una suite musical por medio del ordenador. La propuesta era de un compositor amigo suyo llamado Mestres Quadreny; durante semanas venía por el Centro de Cálculo con anotaciones, partituras, listados de ordenador y ensayos sobre impresora (teníamos una impresora robusta y enorme que tenía un programa que hacía sonar las laminillas de los tipos y generaba sonidos de baja calidad de toque muy metálico). Por fin, se terminó el programa y la suite para orquesta de cámara cuyo nombre era *Ibemia* (por aquello de IBM). Se presentó en el Palau de la Música en 1969 y asistimos a la representación bien trajeaditos, aunque reconozco que la música contemporánea no es de mis mayores preferencias. Y para que quede documentado el evento, véase https://es.wikipedia.org/wiki/Josep_Maria_Mestres_Quadreny

Pero la categoría de Maestro es otra cuestión que trasciende la pura calidad técnica y capacidad de transmitir conocimientos con talante didáctico y pedagógico. El Profesor Vergés fue ocupando ese espacio privilegiado para quien lo recibe y un buen día supe que era mi Maestro porque participó como parte crucial en reconducir, así como quien no quiere la cosa, mis ilusiones profesionales, porque supo interpretar mis confusiones y aconsejarme las mejores vías, porque lo pude considerar como un familiar muy cercano al interesarse por los planos personales que trascienden las áreas profesionales o académicas, porque desde entonces y hasta el fin de su vida fue un amigo leal y verdadero, aunque los últimos años estaba replegado en su casa del Parque Güell y en sus recuerdos. He de decir que he tenido la fortuna de tener a otro Maestro en otra dimensión científica y humana cual fue el Padre Miguel Montagu Buscás S.I., pero ello pertenece a otro cuadrante.

A lo largo de los años coincidimos en muchos encuentros y congresos sobre el mundo de la Informática. Su sencillez era proverbial lo que te generaba una corriente hasta de ternura. Se enfundaba en su pequeño y vetusto vehículo que si no me equivoco era un *Topolino* porque no necesitaba más. Durante una temporada tuvimos reuniones frecuentes para escribir un libro de un tal lenguaje BASIC (que no tenía muy buena fama en el mundo de la programación “seria”), basado en definiciones metalingüísticas, pero la velocidad del avance del libro era menor que la de los acontecimientos y el tema quedó en la lista de lo no ocurrido jamás. Entretanto, desarrollaba Ciencia era conocedor de muchos otros aspectos del saber. Me deleitaba con sus conocimientos de la medida del tiempo. Una de sus experticias se producía en el mundo de las Clepsidras o relojes que miden el tiempo en base a la circulación de agua por conductos o tuberías. Por cierto, durante muchos años fue el mantenedor del reloj de la Catedral de Barcelona. Un sabio y maestro es, por naturaleza, polifacético, porque sabe que las cosas están entretreídas unas con otras y que existe un riquísimo flujo interdisciplinar que permite describirlas e interpretarlas de modo armónico en unos microcosmos que se congregan y coordinan, igualmente, en las grandes energías y principios universales. Los sistemas que rigen nuestras sociedades actuales procuran por todos los medios que no existan los “todólogos” ya que tienen la mala costumbre de intentar pensar por cuenta propia y analizar todo aquello que les rodea. Para estos fines son mucho más cómodos los especialistas y los expertos que sí que saben mucho de casi nada. Mentos como Da Vinci, Pascal, Voltaire, Erasmo, Chesterton y hasta Ortega y Gasset, entre otros capaces de integrar el humanismo, la filosofía, la ciencia, tendrían hoy día dificultades para salir indemnes de los cauces de lo “correcto”.



Clausura de las Jornadas Técnicas sobre Ordenadores de la *Société de Chimie Industrielle* (1973)
El Profesor Martí Vergés es el 2º por la derecha o el 7º por la izquierda. Están también presentes uno de mis profesores de fuste del IQS, Jorge Molina Marsans (4º por la izquierda) y mi compañero del IQS Francesc Rafart (a la izquierda del Profesor Vergés)
(Ha costado mucho encontrar fotos del Profesor Vergés pero alguna muestra se ha conseguido)

A raíz de la explosión del fenómeno informático en empresas e instituciones, el Profesor Vergés tuvo que asumir labores de creación y dirección de infraestructuras informáticas importantes. Una primera fue la del Centro de Cálculo de la Universidad Politécnica de Cataluña, gracias a la cual nacieron las primeras generaciones de discípulos organizados pero se le notaba que con lo que, en realidad, estaba a gusto era en su cátedra y en su Laboratorio de Cálculo y Mecánica a pie de alumno. Cuando se afianzó la revolución de la Microinformática, ya en la década de los 80, se produjo una expansión previsible hacia la Informática Educativa. Fue entonces cuando Vergés saltó a crear y dirigir el PIE (Programa de Informática Educativa) rodeado de un buen equipo de profesionales entre los que se contaba mi buen amigo Ferran Ruiz Tarragó con el que tuve el honor y el placer de hacer, quizá, el primer libro en castellano sobre *Informática y Educación*, en 1984. Dicho libro nos lo prologó con afecto el Profesor Martí Vergés. Entresacando algunas frases de dicho prólogo, Vergés nos señala, en aquellos lejanos tiempos

... Por un lado, el ordenador nació con augurios taumátúrgicos. A partir de un modelo mecanicista de los problemas sociales, el ordenador aparece como la solución a todos los problemas.

... Hoy se apuntan al ordenador personal (pequeño y ubicuo electromotor del saber) al que cada vez más imaginan en el doble papel de libro y maestro electrónico, manejando una innumerable constelación de pequeños programas educativos o lúdicos, creativos o de entrenamiento personal.

... El reto y la incógnita siguen abiertos. La respuesta la darán los niños que hoy, ante el asombro y la satisfacción de sus progenitores se sientan sin complejos ante teclados y pantallas y exponen sin reservas sus juicios, adversos o favorables, sobre los nuevos maestros de cobre y semiconductores que la tecnología les ha otorgado.

Estamos en 2015, a 30 años de estos comentarios prospectivos.



En unas jornadas de Telecomunicaciones en la Estación Terrena de Comunicaciones por Satélite de Buitrago. Martí Vergés, Pere Botella y Luis A. García-Ramos. (198x).

(Por cierto, nos llevamos un susto en un paseo nocturno por el campo y las antenas super-parabólicas, pues entre la obscuridad nos dio el alto un Guardia Civil, metralleta en mano, que nos dijo que había estado a punto de descerrajarnos un tiro por circular por territorio vedado. Eran tiempos duros de atentados)

Al Maestro Martí Vergés dejé de tratarlo, con la asiduidad anterior, en la década de los 90 pero siempre me ha quedado un poso imborrable. Como ya hemos comentado, en 1985 pasó a ocuparse de la dirección del Programa de Informática Educativa de la Generalitat (PIE) con lo que tenía una vida bastante activa debido a tener que poner en marcha muchas infraestructuras nuevas, cambiar métodos y mentalidades del profesorado y bregar con las estructuras administrativas y políticas. Sé que todo esto lo hacía con gran eficiencia gracias también al buen equipo de personas del que se rodeó pero estoy seguro que en su fuero interno estaba más a gusto de aquella otra manera más calmada en su Cátedra, con sus alumnos e investigadores, en su mesa repleta de papeles y libros.

Cuando pasas de una edad eufemísticamente llamada “provecta”, comienzas a encontrarte en homenajes, celebraciones de cincuentenarios y cosas similares. Al Profesor Vergés lo he encontrado desde entonces en diversos actos de este tenor, siendo el mismo personaje sencillo, afable y perspicaz de siempre.



El Rector de la UPC, Jaume Pagés, dirige unas palabras de homenaje al Profesor Martí Vergés con motivo de los 25 años de la creación del Centro de Cálculo

Mientras el oficiante de las exequias va llegando a término y oigo sus murmullos de fondo, tengo aún un recuerdo para la última vez que lo vi con vida. Hará unos tres años, en vista que su salud se estaba comprometiendo y estaba enclaustrado en casa, mi buen amigo Ferran y yo decidimos ir a visitarlo. El paisaje de su casa era como el la casita de Hansel y Gretel. Creo que era la única casa habitada que está en el Parque Güell de Barcelona. Conociendo toda la idiosincrasia de Gaudí se puede uno imaginar cómo está organizada con esa belleza de Naturaleza pétrea y viva. Vivía con su hermana, nunca se casó, y nos atendió con plena lucidez y afabilidad pero en sus dificultosos movimientos notábamos que el tiempo corría en contra. Nos retiramos con pesadumbre.

Afortunadamente, hay que decir que sus esfuerzos y conocimientos fueron premiados justamente con galardones y medallas institucionales. Para satisfacción de quienes fuimos sus discípulos hay en el mercado, en las universidades y en las empresas muchos profesionales que siempre llevarán la impronta de su magisterio.

Despierto súbitamente y me encuentro con el final del acto fúnebre. Qué tristeza, ver un cerebro y un corazón privilegiados cargados de valores y que no queda nada más que una mortaja cuya pérdida es indefectible. Me he preguntado muchas veces porqué cuando hay toda una vida que ha atesorado conocimientos, sabiduría y humanidad no sea posible trasladarlo a un ser incipiente que, por el contrario, va a cometer todos los errores que hemos cometido una y otra vez sin poderlo remediar. Si las teorías de la evolución de Lamarck fueran más ciertas que las de Darwin, el conocimiento y saber acumulado por generaciones se irían traspasando a las siguientes. Quizá sería demasiado brillante pero un poquito tampoco estaría mal.

Tras las despedidas y reencuentros en el tanatorio con gente que hace años o décadas que no ves, todos ya más acartonados y arrugados, me pongo a meditar sobre todas estas impresiones del espíritu y necesito expresarlos de algún modo. Hacía tiempo que no me detenía a pensar en la figura del Maestro y me doy cuenta que resulta fundamental el que aparezca en alguno de los momentos cruciales de nuestra trayectoria vital como una especie

de Ángel de la Guarda. Pero también creo que la figura de Maestro al que me refiero ha ido desapareciendo paulatinamente de la circulación porque en los estándares de las sociedades modernas no tienen, ni se les otorga, ningún papel ni un valor reseñable. Han aparecido una serie de sucedáneos más *cool* que operan en las esferas técnicas y superficiales. Ahora tenemos asesores, tutores y tuteladores, *coaches* (palabra horrible donde las haya), mediadores, consejeros sociales o *counselors*, grupos de apoyo y una ristra de otras figuras de análogo pelaje. Una de las razones plausibles es que en las modernas sociedades de servicios y de valor añadido intangible, todo se transforma en un servicio facturable. Me ha llegado a ocurrir personalmente el que una psicóloga se me haya acercado en un tanatorio y me haya dicho que tenía una hora pagada (incluida en los servicios funerarios) para ayuda psicológica en tales momentos de dolor. Es decir, el taxímetro está omnipresente en todas las interfaces en que el ser humano necesita consuelo y orientación. Cuando uno quiere ver la esencia de lo que supone la figura del Maestro desde un punto de vista filosófico, sociológico y hasta trascendente, vas a *Google* y no hay modo humano sencillo de salir de la simple definición o traducción en otros idiomas, así que vamos haciendo nuestras propias interpretaciones aún a fuer de reinventar la sopa de ajo.

La figura del Maestro se ha asociado tradicionalmente a la función de instrucción o educación, muchas veces con un paladar rural o de cierta depresión. Esta figura ha sido de grato recuerdo antaño porque estaba muy ligada a la esencia vocacional y al espíritu de servicio; actualmente no estaría muy seguro de que esa percepción continúe. La figura de Maestro para estos tiempos debe posicionarse en una altura moral y en una capacidad de cambiar el comportamiento sobre los que arroja su esfera de influencia basada en la persuasión, en la sutileza, en el afecto y en la comprensión, nunca en la imposición ni en la presión. Si la persona abre sus poros es muy probable que se empiecen a producir efectos de transformación personal que irán creando lazos muy firmes, entrañables y positivos. En las religiones y filosofías orientales existen muchos Maestros que son respetados y reconocidos por los adeptos, muchas veces en multitud. El tipo de Maestro que visiono es de ámbito estrictamente personal e intransferible porque sintoniza con la personalidad y circunstancias del “apadrinado”, pero lo cierto es que es un proceso misterioso que puede pasar de largo y no producirse nunca. Un Maestro a nuestro lado no deja de ser un tesoro aunque no nos demos cuenta nunca de no haber contado con ninguno. El Maestro representa uno de los grados más sublimes de la Amistad pues es capaz de entregar todo de sí con amor y cualificación. Si algún día alguien me preguntara el cómo me gustaría ser recordado diría sin duda, con rubor y sin el menor derecho: cómo maestro.